

A detailed portrait of a woman, likely a historical figure, wearing a red headdress with gold trim and a gold necklace. The background is dark, and the woman's face is the central focus. The text is overlaid on the image.

GARRET MATTINGLY

3ª Edición

CATALINA de ARAGÓN

PALABRA

GARRET MATTINGLY

CATALINA
DE ARAGÓN

PALABRA

Título original: *Catherine of Aragon*

Colección: Ayer y Hoy de la Historia

© Garret Mattingly

© Ediciones Palabra, S.A., 2013

Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)

Telf.: (34) 91 350 77 20 - (34) 91 350 77 39

www.palabra.es

epalsa@palabra.es

© Traductor: José Pablo Alzina

Diseño de cubierta: Raúl Ostos

Diseño de ePub: Erick Castillo

ISBN: 978-84-9840-455-5

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

A GERTRUDIS

PRESENTACIÓN

«Lucha por la verdad
hasta la muerte
y el Señor Dios
combatirá por ti.»
Eclesiástico, 4, 33.

(Versión Nácar-Colunga 1948.)

Este libro que tenemos entre las manos parece una novela de aventuras o una novela histórica. Pero no es ninguna de las dos cosas. Es un riguroso libro de historia, apasionado y apasionante, impregnado de los aromas de los cantares de gesta y de las actas de los mártires. Bien decía Salvador de Madariaga[1] al calificar a Mattingly como el Homero de Catalina, aunque fuera a efectos de discrepar de él. En efecto, la vida de ésta fue una epopeya sobre la que la biografía del norteamericano sigue siendo la obra fundamental, llena de irresistible admiración por la protagonista, obra en la que se basan y de la que dependen todos los que han escrito sobre la vida de Catalina desde entonces.

Sin embargo, es más rebatible la tesis de nuestro gran polígrafo según la cual la Reina Catalina renunció a la gloria de la santidad y al goce creador de la gran política para no pasar de ser una mujer, cuyo verdugo fue el amor a su marido[2]. A mi entender, Catalina de Aragón, Reina de Inglaterra, hija de Reina, madre de Reina y hermana de Reinas, es un ejemplo heroico de

fidelidad a su vocación de mujer, de esposa, de madre y de estadista, misiones no incompatibles entre sí, como parece creer Madariaga.

Para los promotores de la participación de la mujer en la vida social y política, la vasta cultura de la Reina Catalina, su mecenazgo de humanistas y universidades, su labor como estadista y como embajadora -la primera Embajadora de la Historia-, y los encendidos elogios con que la obsejaron nada menos que Erasmo de Rotterdam y Luis Vives son un raro precedente histórico. Catalina destaca por los rasgos femeninos de sus heroicas virtudes, y no por haberse armado de características masculinas: su capacidad de amar y de sufrir por su marido y por su dinastía a pesar de las infidelidades de ambos; la ternura y la atención pedagógica hacia su hija María; su fuerte y devota piedad; su teresiana combinación de coquetería y enérgica inteligencia; la decidida rebeldía frente a los que querían convertirla en una mujer-objeto. Su particular genio femenino brilla con luz propia en un gran país, Inglaterra, en donde las mujeres han tenido un significado político de primer orden a lo largo de toda su historia.

Se le ofrecieron varios acomodamientos que le hubieran facilitado la vida: decir que había consumado su matrimonio con Arturo; aceptar la nulidad de su matrimonio con Enrique; meterse a monja; y desatar desde el comienzo una guerra civil. Catalina supo ver muy bien que haberlos aceptado hubiese sido una traición a la verdad de su virginidad al casarse con Enrique; a la verdad de su segundo matrimonio; a la verdad de su vocación laical; a la verdad de su apasionado amor por su marido y por la paz[3]. Su fracaso de entonces es

hoy para nosotros el triunfo de la sencillez de la verdad, probada por el tiempo[4].

Su firmeza y perseverancia sólo tienen como casos parecidos entre las clases dirigentes inglesas de ese tiempo a un puñado de héroes encabezados por la Beata Margarita Pole, Condesa de Salisbury, San Juan Fisher y Santo Tomás Moro. Fue el conocimiento de la verdad de su vocación lo que les hizo libres frente al poder y lo que les dio fuerzas para soportar el martirio, que cada cual padeció a su manera. Esos héroes vieron claramente que cuando está en juego la verdad y la dignidad humana se puede estar a favor o en contra, pero no las dos cosas a la vez. Son un ejemplo para los que, a base de componendas, se quedan con el plato de lentejas del poder y del dinero a cambio de la primogenitura de la verdad y del bien.

Ni los celos, ni la terquedad, ni siquiera su excepcional educación o cualquier otro motivo humano pueden explicar completa y satisfactoriamente el comportamiento de esta mujer frente a tantas presiones, sacrificios, humillaciones y privaciones de todo género. Tampoco pueden explicar su amor y dedicación a los pobres, la popularidad que gozó entre las clases humildes de su tiempo y la admiración y afecto que aún sigue despertando su vida entre el público y los historiadores que la conocen[5]. Sólo Dios pudo dar la añadidura. Era una mujer apasionadamente enamorada de sus padres, de sus hermanas, de su marido, de su hija, de su pueblo, y, sobre todo y ante todo, de Dios. Como ha observado Ernesto La Orden, pudiera ser una premonición que Miguel Sittoz la haya pintado rodeada de un halo de santa[6]. Si esta es la hora histórica

de la mujer, entonces es la hora de seguir las huellas de la Reina Catalina.

Posiblemente, Catalina fue la mujer más amada por Enrique y la única que le amó de veras. En cualquier caso, si su amor a Enrique no fue debidamente correspondido, su romance con el pueblo inglés dura hasta nuestros días, a pesar de los siglos transcurridos y de las adversas circunstancias de todo tipo que han concurrido. Mucha razón tenía el pueblo de Peterborough, ciudad donde está enterrada Catalina, cuando en enero de 1986 colocó una placa junto a su tumba, afirmando que era «Una Reina amada por el pueblo inglés por su lealtad, piedad, valentía y compasión».

En pleno reinado de la hija de Ana Bolena, un dramaturgo de Stratford upon Avon, que deseaba que en su obra «encontraran la verdad quienes vinieran a verla», tuvo la valentía de calificar a Catalina como «... la Reina de las reinas de la tierra..., la criatura más perfecta que el mundo pueda ofrecer en parangón»^[Z]. Dios quiera que en este libro magistral los hispanohablantes que busquen la verdad hallen en la Reina Catalina el ejemplo vivo y heroico de quien, real y regiamente, supo vivir y morir por ella.

José Pablo Alzina de Aguilar
Chelsea 9 de diciembre de 1996

PRÓLOGO

Esta biografía de Catalina de Aragón es el producto natural de estudios sobre los primeros tiempos de la Historia de la Diplomacia. Pasando las páginas de las cartas de los embajadores españoles en la Corte de los Tudor, me surgió la idea de que la Reina Catalina sobre la que hablaban era una persona diferente, más culta y profunda, más vigorosa y decisiva que la Reina sobre la que había leído en otras partes. Mientras seguía el curso de la historia de la Embajada de España en Inglaterra, comencé a darme cuenta que la clave de sus actividades y de mucho de lo que sucedió en Inglaterra durante un tercio de siglo residía en la personalidad y decisiones de esta Reina. He intentado restaurar su imagen para que fuera algo parecido a la que vieron sus contemporáneos. En su historia me han fascinado principalmente dos cosas: la forma en que pueden influir en el curso de la Historia las decisiones de personas que no son en absoluto geniales, pero que están estratégicamente situadas, y la forma en que las lealtades divididas, habituales en personas reflexivas, pueden afectar a su conducta de manera inesperada en tiempos de cambios rápidos y, en consecuencia, dar, a veces, un giro de ciento ochenta grados, a remotos sucesos. Ciertamente, las decisiones de Catalina influyeron en la Historia de Inglaterra, y, por tanto, en la Historia del mundo entero, tan vitalmente y tan inesperadamente como las decisiones de su marido, Enrique VIII.

He utilizado el nombre de «Catalina», siguiendo la práctica actual, en lugar de «Katalina», que es el nombre que ella hubiera usado. Para otros nombres he intentado seguir el *Dictionary of National Biography*, o alguna otra guía de la práctica moderna.

Los muchos bibliotecarios, archiveros y universitarios que me han ayudado me perdonarán que no mencione sus nombres. No puedo dejar de agradecer al Dr. Otto Schmid de los *Haus-hof und Staats Archiv* de Viena, por su infatigable ayuda, y al Dr. Ernst H. Buschbeck del *Kunsthistorisches Museum*, también de Viena, por su cortés ayuda en problemas relacionados con el retrato de Catalina. H. M. Hake, Esq., de la *National Portrait Gallery* de Londres, me ha beneficiado gratuitamente con sus grandes conocimientos sobre los retratos del siglo XVI, y mis amigos el Dr. E. C. Mack y el Dr. J. C. Thirlwall, ambos del Departamento de Inglés del College of the City de la ciudad de Nueva York me han salvado, entre ambos, de muchos patinazos estilísticos. Sería molesto, si no fuera un placer, reconocer mi gran e impagable deuda, por su continuo interés y guía, con el catedrático R. B. Merriman de la Universidad de Harvard, a quien desde mis tiempos de estudiante universitario he acudido constantemente, y nunca en vano, pidiendo ayuda respecto a problemas fastidiosos. Una beca de la Fundación *John Simon Guggenheim Memorial*, me ayudó a completar las investigaciones en las que se basa este libro.

PARTE PRIMERA
UNA PRINCESA ESPAÑOLA
(1485-1509)

CAPITULO I

Algunos caracteres parecen triunfar en la Historia; otros parecen abrumados por ella. El impetuoso torrente de acontecimientos arroja una capa de espumosas olas que parecen barrer todo a su paso y los espectadores gritan: «¡Un genio!»; y llaman a todo un tramo del río: «la Edad de Fulano o Zutano». Aquí y allí ven, fugazmente, cómo una roca resiste y luego la corriente la oculta bajo su fuerza. Los espectadores sólo perciben una tragedia individual, inconscientes de la sólida base que hiende la corriente por debajo. Pero la integridad del granito, no menos que la furia del agua que fluye, configura el curso definitivo de la corriente. Esta es la historia de una vida que configuró la Historia al no moverse con ella.

Catalina de Aragón nació en un momento en que los avatares domésticos entre media docena de familias podían conformar la Historia de Europa. Bajo los poderosos disolventes de la economía monetaria y de la empresa mercantil, de las nuevas técnicas y de las nuevas ideas, el viejo orden se estaba quebrando. En medio del terror y de la confusión del cambio, la sociedad se agrupaba en torno a los reyes. Los burgueses, cuyo escepticismo y atrevimiento habían roto el cascarón de la vieja sociedad, pero que todavía no habían crecido lo suficiente para tener la fuerza de dirigir la nueva, prestaban dinero e inteligencia a los reyes a cambio de protección. La aristocracia feudal encontraba en el servicio del Rey nuevos lustres para su desluci-

do prestigio y nueva autoridad para sus prerrogativas amenazadas. Incluso los clérigos, símbolos y guardianes de la vieja unidad de la Cristiandad, prestaban a la realeza una deferencia cada vez menos reacia y con menos reservas.

El poder así arrojado en manos de los reyes, podía ser realmente usado por las voluntades individuales, por los accidentes del carácter y del destino individuales, con el fin de alterar la dirección y crecimiento de la nueva sociedad. Porque el nuevo organismo todavía no estaba completamente formado. Aunque sus potencialidades internas ya habían sido determinadas en la matriz de los siglos, sus huesos todavía eran débiles, sus rasgos todavía eran difusos. A falta de la elástica resistencia de la madurez, recibía y se le quedaban marcadas las huellas de fuerzas mucho más débiles que aquellas que resistiría con facilidad siendo adulto. Catalina de Aragón estaba destinada a jugar un papel determinante en los acontecimientos que determinaron una de esas aplicaciones voluntaristas del poder real, y no en uno de los menos importantes.

Parecía seguro que la familia en la que nació Catalina iba a tener una voz en el destino de Europa más importante que el de cualquier otra. Ambos padres eran reyes de propio derecho, y su matrimonio, uniendo sus coronas, marcó el comienzo de un nuevo estado nacional^[1] que, durante la niñez de Catalina, creció merced a la guerra, a la política y a la casualidad hasta convertirse en un gran poder dinástico, enriquecido por las fabulosas tierras recién descubiertas, estado que luchaba por ser la primera potencia europea.

Su padre, Fernando, heredó la media docena de coronas de Aragón, tierras mediterráneas en su mayor parte, mirando hacia Italia, envueltas por los remolinos de las rivalidades italianas y arrastradas por ellas a las corrientes de los nuevos tiempos. Fernando pilotaba con atrevimiento por esa corriente. Él, Fernando, tenía poca cultura italiana. Sus primeras escuelas habían sido la guerra y la intriga; la silla de montar era su asiento habitual desde la juventud. Se parecía a cualquier otro noble feudal en su pasión por la caza, por la cetrería y por la lucha; en su casi analfabetismo y en su piedad convencional. Pero ningún tirano italiano tuvo jamás una devoción a las realidades del poder tan incommovible y tan unívoca[2]. No había ningún resquicio de idealismo medieval en la política de Fernando. Realizaba la tarea de los nuevos tiempos, la consolidación del poder real, con eficacia instintiva, refleja. Al igual que sus reinos mediterráneos, el padre de Catalina pertenecía al Renacimiento.

Sin embargo, lo que más contaba en España era Castilla. Lo que más contaba en el equipo de los Reyes Católicos[3] era la Reina de Castilla. Lo que más contaba para Catalina era su madre. Castilla no era moderna, como tampoco lo era Isabel, aunque ambas querían coger algo de lo nuevo para reforzar lo viejo. La gran meseta central de España preservaba la psicología de la Edad Media. En ninguna otra parte los señores feudales eran más orgullosos y más poderosos; en ninguna otra parte de Europa Occidental las ciudades eran más débiles y menos numerosas; en ninguna otra parte era la Iglesia más firmemente *Señora*[4] de los corazones y de las mentes del campesino y del hidal-

go[5]. Y aunque Isabel acometía la tarea del futuro, pertenecía, como Castilla, al pasado. Tenía más curiosidad que Fernando por los nuevos conocimientos, pero procuraba no rendirse a su hechizo sino usarlos para la tarea que tenía que realizar. Como Fernando, e incluso más que Fernando, había luchado por el poder y no había sido más escrupulosa que él respecto a los medios[6]: luchar; mentir; maquinando siempre desde la niñez; acaudillando ejércitos y moviéndose incómoda en conferencias; engatusando, mansa o feroz según sirviera a sus designios, pero siempre implacable hasta que arrastró al exilio a su sobrina, la legítima heredera al trono, y hasta que domó a los Grandes de España[7] y forjó a Castilla como un único y fuerte Reino. Pero, a diferencia de Fernando, era incansable no por un simple deseo de poder, sino porque los trabajos de Dios no están nunca terminados y porque corresponde al Rey hacer tales trabajos. Castilla no era un premio sino una espada.

En cuanto la empuñó firmemente, la dedicó al gran uso medieval de Espada de Dios, a las Cruzadas. Incluso en España el recuerdo de la Cruzada menguaba y el resto de Europa lo había olvidado casi completamente. Los musulmanes poseían sin perturbaciones Tierra Santa desde hacía dos siglos. Ningún pendón cristiano ondeaba, aunque la Media Luna avanzaba hacia el Oeste, aunque Constantinopla había caído, y aunque el Turco amenazaba Hungría y asolaba las costas italianas. La defensa contra el Turco se había convertido, en las cancillerías europeas, en una mera frase apta para embellecer un tratado o una declaración de guerra contra un vecino. Pero para Isabel, la Cruzada era tan real co-